

Carlos Hermosilla Alvarez y el grabado en Chile

JOSE MARIA PALACIOS

Frente a un cuadro o una escultura bien realizados, nadie duda en aceptar que se trata de una obra de arte. Frente a un grabado, en cambio, que generalmente es mucho más comprensible y hasta nos puede llegar más a fondo, no se piensa lo mismo. Se reconoce habilidad manual, se reconoce una técnica particular y se piensa, entonces, que se trata de una artesanía. Esto es, un arte mecánico. Como efecto, se olvida que existe un original y que crearlo es realizar arte, con todas las implicancias que éste posee. Lo original, además, como bien lo pensaba Gaudí, es volver a los orígenes. Y en cuanto al grabado este fenómeno es estrictamente real y verdadero, porque nos remonta al arte rupestre, cuyos “pictogramas” son la base del grabado actual.

Otro aspecto que resulta interesante frente al grabado es considerar que no es necesariamente una ilustración, una réplica de algo figurativo. Ya en el mismo arte rupestre citado se nos ofrecen los “ideogramas” y los “psicogramas”, que postulan abstracciones y revelan la rica multiplicidad expresiva de las incisiones originales.

Está claro, entonces, que frente al grabado no es justo hablar sólo de artesanía. Es, en definitiva, un arte.

En Chile, según parece, el primer grabado que se puede registrar data de 1905. Corresponde a un retrato de nuestros aborígenes como personajes de fantasía, según el criterio de la época, e ilustra el “Tercer viaje de Américo Vespucio”. Posteriormente, los grabados se multiplican y, de hecho, son excelentes radiografías y testimonios que hoy nos posibilitan conocer cómo fuimos y cuál era nuestro entorno. El caso más explícito lo encontramos en el *Atlas*, de Claudio Gay, sin cuya aportación gráfica no podríamos tener una visión clara y elocuente de nuestro siglo XIX. Pero con

el citado *Atlas* ocurre un fenómeno muy curioso y que atenta contra la idea de que el grabado permite una difusión masiva. La obra de Gay es hoy rareza bibliográfica, y aun cuando en este siglo ha sido reeditado, su costo continúa muy alto para el común. De contrapartida están los grabados que en la segunda mitad del siglo XIX ilustraron las poesías de la *Lira Popular* y que corresponden a una serie de artistas anónimos. Estas visiones circularon profusamente y cumplieron el objetivo esencial del grabado, pero, a la vez, pusieron de relieve un fenómeno que también le es propio: su fragilidad y muy pronto deterioro si no se le trata con cuidado. Las hojas de la *Lira Popular* se fueron con el tiempo y hoy son casi absolutamente de archivo. En 1968, como efecto, se buscó una reivindicación de esos grabados y se publicó un libro que consultaba facsimilarmente 15, con un prólogo de Pablo Neruda y un estudio de Diego Muñoz. Pero tanto Neruda como Muñoz pusieron más énfasis en la poesía popular y sus cultores que en los grabados. Y hoy ese libro tiene también carácter de joya bibliográfica, con lo cual las ilustraciones tornaron a perder su objetivo.

La suerte del grabado en Chile no ha sido la mejor. Los dos ejemplos citados son elocuentes. Y hay otros que agregar. La enseñanza de él, oficialmente, se inició en la Academia de Bellas Artes en tiempos de Álvarez de Sotomayor por un profesor francés de apellido Bazin y no pudo lograr una conquista masiva de alumnos, motivo por el cual debió concluir muy pronto. La idea de cultivarlo, sin embargo, estaba latente, y pintores como Luis Vargas Rosas y Camilo Mori realizaron interesantes experiencias en 1917, pero tampoco pudieron proyectarlas más allá de lo personal. En la década del 20, a su vez, otros dos pintores, Julio Ortiz de Zárate y "Paschín" Bustamante, abordaron de nuevo la aventura y sus intentos no cayeron en el vacío. Ambos lograron posteriormente realizar clases en las Escuelas de Bellas Artes y Artes Aplicadas.

La Escuela de Artes Aplicadas, hoy desgraciadamente desaparecida, tuvo en este plano una labor trascendente, porque la enseñanza del grabado, ya definitiva, se nos da en sus aulas. El punto de partida se produce con una iniciativa del Gobierno, a raíz del cierre de la Escuela de Bellas Artes en 1928 y el envío a Europa de diversos artistas para estudiar y perfeccionarse. Entre ellos está Marco A. Bontá, quien, a su regreso en 1931, funda el Taller de Artes Gráficas en dicha Escuela. De él surge Carlos Hermosilla Álvarez, quien en 1939 funda, a su vez, el Taller de Artes Gráficas de la Escuela de Bellas Artes de Viña del Mar.

En su Memoria para optar al título de Licenciatura en Artes Plásticas con Mención en Dibujo, la profesora Ana M. Echeverría L. escribe sobre el particular: "Se comenzó a trabajar en forma muy precaria en un galpón del

actual Casino de Viña del Mar, donde funcionaba la Escuela de Bellas Artes desde 1936. Al comienzo sólo trabajaron la técnica del linóleo, por ser una técnica que se puede trabajar manualmente sin la necesidad de la prensa, ya que se carecía de ésta y otros elementos esenciales para las impresiones en otras técnicas”.

“En 1941 la Escuela se trasladó a un edificio en la Quinta Vergara, donde funciona actualmente junto al Museo de Bellas Artes de Viña del Mar. Ese mismo año el profesor Hermosilla consiguió una prensa vieja de panadería, la que, adecuada debidamente, sirvió al taller para trabajar durante 18 años. El maestro junto a sus alumnos, como taller, realizaron numerosas exposiciones en el país y en el extranjero.

“En 1944 se trajo desde Europa una prensa, mediante gestiones de Carlos Hermosilla, que, según los entendidos, es la mejor prensa de grabado que hay actualmente en Sud-América. (El dato corresponde a 1976). Debido a estas adquisiciones, más tarde fue posible trabajar casi todas las técnicas tradicionales del grabado: el grabado tipográfico, calcográfico, y, a partir de 1967, la litografía.

“El taller de grabado funcionó durante 34 años bajo la dirección del profesor Hermosilla. Con él se formaron artistas grabadores como Pedro Escarpa, René Quevedo, Jorge Quevedo, Francisco y Hugo Rivera, Pedro Alvarez Donoso y Aldo Bravo, entre otros.

“El año 1973 el taller dejó de funcionar como tal”.

Como puede apreciarse, debemos repetir que la suerte del grabado en Chile no ha sido mejor. No obstante, los esfuerzos para su cultivo han sido varios. La Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile formó también su propio taller, actitud que replicó la Universidad Católica. La iniciativa particular, por su parte, dio paso al taller 99. La fundación de éste se debió al pintor Nemesio Antúnez, quien en 1955 lo instala en su propia casa. De este taller, basado fundamentalmente en las técnicas de Stanley William Hayter, famoso grabador británico del cual Antúnez había sido ayudante, han surgido los mejores grabadores chilenos actuales, alcanzando incluso notoriedad internacional.

Dentro de esta apretada reseña histórica sobre el grabado chileno, y antes de centrarlo en la obra de Carlos Hermosilla Alvarez, debemos también recordar las Bienales Americanas del Grabado que en 1963 inauguró el Museo de Arte Contemporáneo, pero que hoy desgraciadamente también llegaron a término. Asimismo, esta vez, como nota muy positiva, debemos apuntar que en los Salones Oficiales, a partir de 1965, dos grabadores, Eduardo Pérez, que firmaba sus obras como “Eduperto”, y Santos Chávez, obtuvieron el Premio de Honor. (Sigue en pág. 248).



Valparaíso. Grabado en linóleo. Carlos Hermosilla Álvarez.



El ciego y su mujer. Grabado en zinc C.H.A.



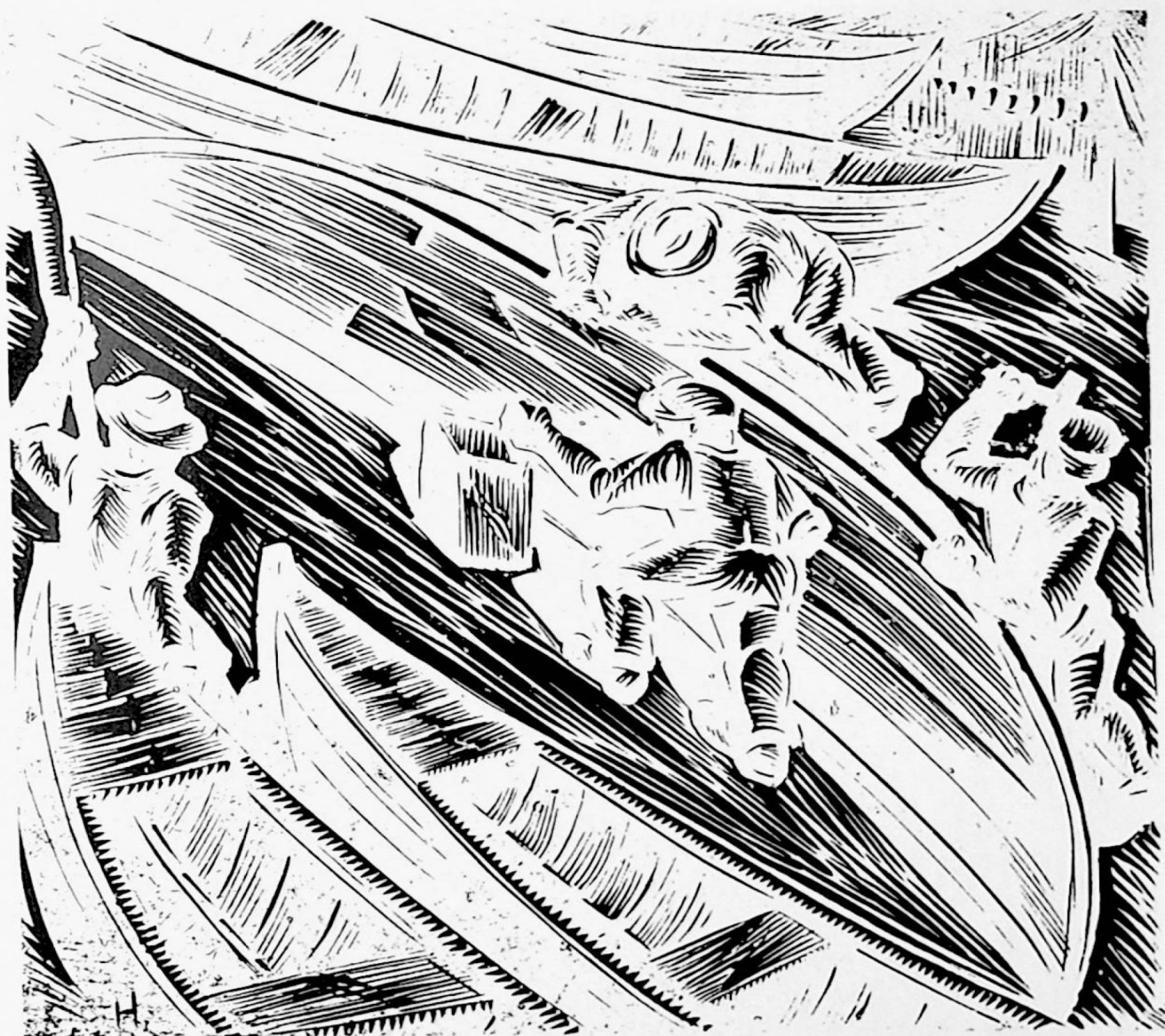
Rock. Grabado en linóleo. Carlos Hermosilla Alvarez



Maternidad. Xilografía C.H.A.



Frío.



Calafateando. Este grabado en linóleo es uno de los más conocidos y divulgados internacionalmente.



Negrita Fini. Xilografía. C.H.A.



Ante el espejo. Xilografía (grabado en madera). C.H.A.



El paseo. Xilografía. C.H.A.



Asedio. Xilografía. C.H.A.



Los eucaliptus de Valparaíso. Linóleo. C.H.A.



El escritor Nicomedes Guzmán. C.H.A.



Retrato de Violeta Parra, la recordada folklorista chilena, autora, entre otras, de la canción "Gracias a la vida", interpretada por los más famosos cantantes populares del mundo y traducida a varios idiomas (Linóleo). C.H.A.



Retrato del poeta Vicente Huidobro. Linóleo. C.H.A.



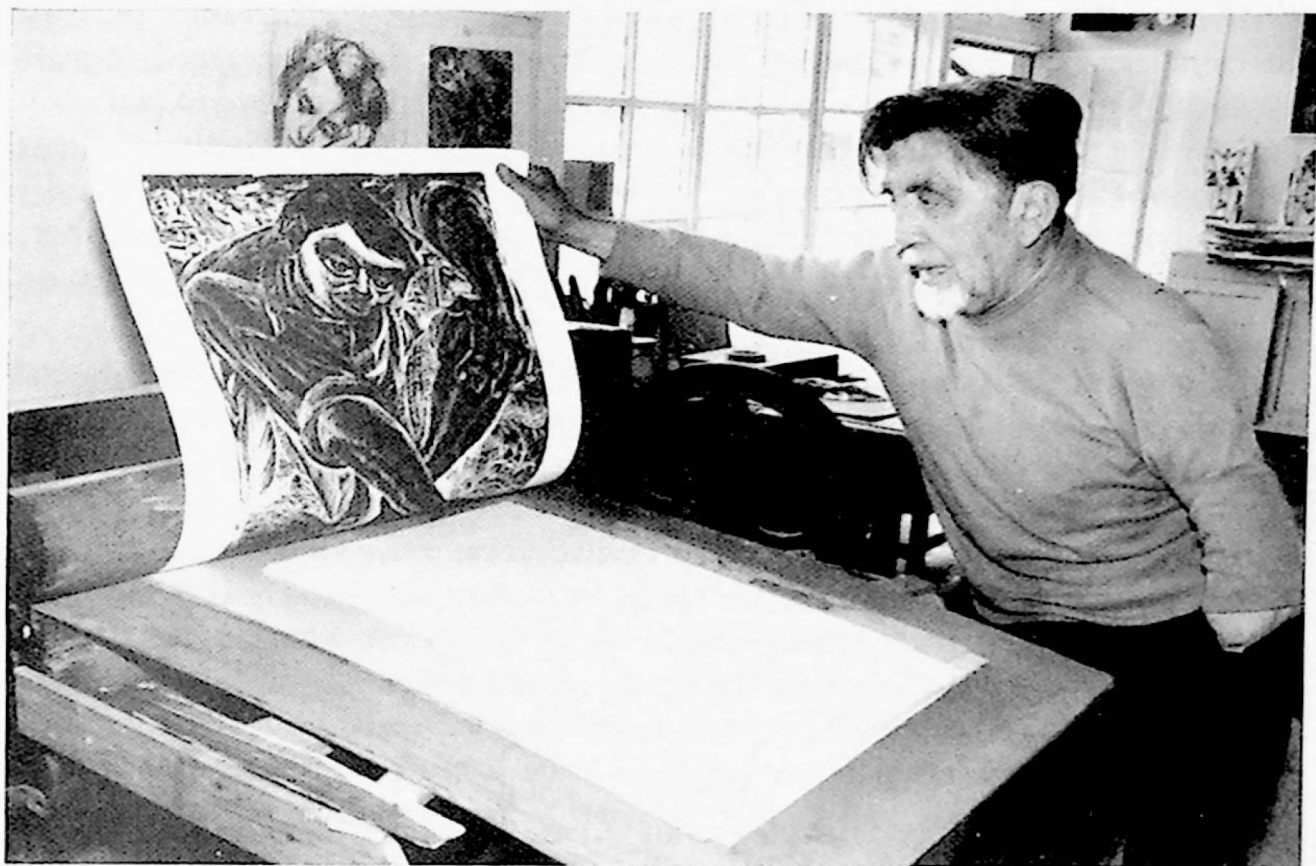
Benjamín Vicuña Mackenna. Xilografía. C.H.A.



Gabriela Mistral. Premio Nobel de Literatura 1945. Xilografía. C.H.A.



Pablo Neruda. Premio Nobel de Literatura 1971. Xilografía. C.H.A.



Carlos Hermosilla Álvarez trabajando en su vieja prensa impresora de miles de grabados que han dado la vuelta al mundo. "Debo haber expuesto más de 300 veces, ha dicho el artista. En los últimos doce años he mostrado mis obras en más de cien exposiciones: 15 veces en Alemania Federal; 9 en Suecia y muchas más en Francia, en otros países y en Chile". Las últimas en nuestro país se han realizado en el Instituto Chileno-Alemán de Cultura de Santiago, organizada por la Asociación de Pintores y Escultores de Chile; y en el Instituto Chileno-Francés de Cultura de Viña del Mar, organizada por sus amigos y alumnos. En 1984 inauguró una exposición en "Homenaje a la raza negra". También ha incursionado en la poesía y tiene publicados cinco libros de poemas; el último lleva por título "Dígame la voz". (Gentileza de "El Mercurio" de Valparaíso).

Vengamos ahora al maestro Carlos Hermosilla como tema central. Nace en 1905 en el Cerro Alegre de Valparaíso, hijo de un maestro litógrafo que tenía un pequeño taller en su casa. Al año siguiente es salvado milagrosamente del terremoto en brazos de su madre, mujer extraordinaria, que cuando nuestro artista cumple 18 años y su padre se opone a que estudie arte, plantea: "si un zapatero trabaja mal, un zapatero se muere de hambre. Trata de ser un buen artista". Y Carlos Hermosilla Álvarez llega a ser un maestro del grabado en Chile.

Cumplir con esta tarea no ha sido fácil y vale apuntar algo sobre el porqué. Carlos Hermosilla debió sufrir de joven la amputación de la mano y la pierna izquierdas. Además, debió trabajar muy duro para ayudar a su familia, en los más variados y humildes oficios. Nada de esto, sin embargo, es capaz de evitar que vaya a cumplir con su vocación y en Valparaíso inicia sus estudios artísticos, que primero se abocan a la pintura. De este modo en 1926 obtiene el Primer Premio de Acuarela en un concurso del Ateneo Artístico Obrero del Puerto y, al año siguiente, el correspondiente al óleo. Esto significa que pudo dedicarse únicamente a la pintura y destacar en ella. No era su destino.

Ingresado a la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile, estudia dibujo con Ana Cortés entre 1930 y 1931, efectuando dos años más tarde su primera exposición de grabados en madera. A partir de entonces, sus muestras son continuas tanto en Chile como en el extranjero, definiéndose como un maestro del grabado. Prueba de ello es que en 1941 la International Business Machinery Co. adquiere 8 obras suyas y el mismo año es invitado por el Riverside Museum de Nueva York para participar en la exposición de Grabadores Latinoamericanos en gira por Estados Unidos. Como efecto de dicha gira, el Museo de Washington adquiere una de sus obras. En 1943, a su vez, el Embajador ruso en Bogotá adquiere otra para el Museo de Stalingrado.

En 1948 el Círculo de la Prensa de Valparaíso organiza una exposición retrospectiva del artista y la presentación del catálogo la realiza Augusto D'Halmar. No podemos dejar de citar parte de ella: "Este Carlos Hermosilla Álvarez, que me cabe presentar en una exposición retrospectiva en veinte años de trabajo, es el tipo denominado del artista-artesano y Arte Sano, como humilde y orgullosamente pretenderíamos serlo todos. "¿Por qué me llamas *Maestro Bueno*, si no hay más maestro que Dios?", reza el Evangelio. Y, sin embargo, cada uno de nosotros, en su fuero interno, aspira a merecer llamarse también maestro, como un buen obrero: maestro constructor que planea templos perennes y moradas temporales; maestro cantero y maestro

albañil, que concretan y eternizan en cemento o en piedra, aquellos ideales y aquellas aspiraciones”.

“Mientras Hermosilla graba con su buril, yo me inclino fraternalmente sobre su hombro para mirar su trabajo; pero, una vez que lo ha realizado, yo me inclino ante él para admirarlo”.

La razón de estas nobles frases de D'Halmar está o podemos encontrarla en un pesamiento de Hermosilla: “Las vivencias de un artista pueden ser positivas o negativas; pueden considerarse positivas cuando esas vivencias conjugan los impulsos nobles del artista como intérprete de su pueblo y de su tiempo. Pueden ser negativas cuando son expresión de un espíritu individualista, introvertido, fáustico y fatal, sin conexión con los impulsos sociales de su tiempo y de su pueblo y hasta opuesto a ellos”.

Aquí está la esencia del quehacer de nuestro grabador: su buril obedece a lo entrañable y a nada más. Es amor y es, por tanto, pura humanidad. El vive su ancestro como vive su presente. Acepta y ama el ayer como el ahora, graficando con sus trazos personas y entorno. La línea es su palabra; la multiplicación de ella, el ahondamiento en el alma humana y en el escenario en que vive. De este modo, su Valparaíso está presente en muchos de sus grabados como el asiento vital de formas y ritmos imperativos. Observemos, por ejemplo, como trata una “Maternidad” a través de una xilografía: hay una mujer de espalda, sentada, que luce anchas caderas, y acuna a un niño en sus brazos. Se advierte que lo mece, que le está entregando todo el amor de madre, en la interioridad hogareña. Pero ella no está divorciada del mundo y al frente tiene también una ventana abierta que muestra los cerros poblados verticalmente por casas del puerto. Es toda una conjugación de vivencias muy significativas en que gente y escenario se alían y se integran.

En los grabados de Carlos Hermosilla está la sustancia de su propio ser en la vida y no hay doblez. El mismo lo ha dicho: “Nunca he pretendido hacer un arte social. Simplemente estoy reflejando mi mundo y mi vida. Si hago una cara de obrero o de niño del pueblo, me sale sola. He vivido en barrios populares. Estuve en Concepción y Lota. Más que un compromiso hay una forma de lealtad con mi clase”.

¿Y cuál es esta clase? No es una socio-económica. Nada de esto. Se trata de la auténtica condición del artista, que incluso lo eleva a la más alta aristocracia cuando nos retrata a Gabriela Mistral, a Pablo Neruda, a Walt Whitman, a Dostoiewski, a Balzac, a Rubén Darío, como un acto de adhesión a sus ideas, a sus expresiones y sus personalidades. Se trata, en cada caso, de la profundización en el alma grande que cada uno tiene. Es, hasta diría, un acto de gratitud hacia todo lo que ellos nos entregaron. Y esta condición se apunta en la universalidad de motivaciones. Queremos decir,

en que su buril no se limita a grabar un determinado rostro o un determinado paisaje. En la afilada punta del buril hay un soplo de espíritu que por igual se impresiona con el rostro del poeta Miguel Hernández o el de un ciego o un mapuche; en la "Cara de la Raza" —litografías I y II—, o en sus linóleos "Contra la guerra", que apuntan, además, a una reacción, en el primer caso, de adhesión al ancestro, y, en el segundo, contra el presente y el futuro que atentan contra la humanidad.

Cuando Hermosilla, entonces, habla de una forma de lealtad con su clase, está diciéndonos que ella es, simplemente, la Humanidad. No otra, no la que pueden fijar las circunstancias, sino la permanente y esencial: el ser hombre. Lo dicho nos retorna a D'Halmar cuando plantea el Arte Sano. Un arte que testimonia, acusa o defiende, igual que lo hicieron los hasta hoy anónimos cultores del período rupestre. No hay diferencia; hay elocuencia. Frente al múltiple fulgor que hoy puede, entonces, presentarnos el avance técnico en el grabado, Carlos Hermosilla Álvarez se mantiene incólume y definitivo, con una comunicabilidad simple y directa, vivencia de pura humanidad. Sus incisiones no están destinadas a lucir efectos técnicos, hoy pródigos, sino a lucubrar: vigilia y trabajo intelectual que él sabe traducir y entregarnos en sus grabados.

El maestro Hermosilla nació exactamente el 18 de octubre de 1905 y, en consecuencia, ha cumplido 80 años. Con este motivo, la Asociación Chilena de Pintores y Escultores le rindió un homenaje organizando una exposición retrospectiva en el Goethe-Institut de Santiago, que mostró en panorámica la trascendencia de su obra. Este boceto literario es también otra adhesión a ella, muy sinceramente.